

LOS SECADEROS DE SOLEDAD SEVILLA

ESPERANZA GUILLÉN. Profesora de Historia del Arte de la Universidad de Granada.

Aunque no siempre es fácil saber por qué, algunos objetos llaman a las puertas de nuestra sensibilidad, son capaces de conmover el sentimiento y de conducirnos a experiencias singulares que nos sustraen de la atonía de lo cotidiano. Cuando un artista, un verdadero artista, encuentra algunos de esos objetos, es posible que a partir de sus sensaciones sienta la necesidad de reflexionar sobre ellos y transformar sus pensamientos mediante las formas del arte. Este libro da cuenta de esto, porque en él se recoge el resultado de la impresión causada en Soledad Sevilla por unas estructuras, humildes pero poderosas, que llamaron su atención y en las que fijó su mirada en sucesivos paseos por la Vega granadina.

Por parte de los autores de los secaderos de tabaco, no existe ni existió nunca una expresa voluntad de forma artística, porque no existe, de un modo consciente al menos (salvo en casos aislados de construcciones en ladrillo), la intención de generar una arquitectura destinada, con independencia de su utilidad, a provocar cualquier tipo de reacción similar al goce estético. Cuando Walter Gropius y los teóricos de la Bauhaus desarrollaron un principio según el cual “la forma sigue a la función”, y se embarcaron en la difícil tarea de crear objetos y edificios sencillos, hermosos y prácticos, no estaban pensando, a buen seguro, en nada parecido a algo de tan elemental manualidad e imperfecta ejecución como son los secaderos. Sin embargo, son estructuras determinadas por la función, y nada en ellas es accesorio, ni en las tablas de sus muros, ni en las chapas de sus cubiertas a dos aguas, ni en el cartón con aluminio plastificado que algunos utilizan en sus puertas, ni en las mallas de plástico que abundan por doquier.

La utilización de los recursos del medio caracteriza estas arquitecturas erigidas gracias a las choperas que, formando pequeños bosques de alturas disímiles entre sí pero regulares uno a uno, definen buena parte del paisaje de la Vega. Los secaderos hablan también de una sabiduría y de una tosquedad popular, ajena a cualquier tipo de respeto o de escrúpulos de naturaleza estética, que lleva a recuperar y a dar un nuevo e insólito uso a viejas puertas, chapas oxidadas o somieres de camas. El resultado puede lastimar la sensibilidad de quien contempla estas intervenciones, y que desearía orden y pulcritud en los campos de cultivo, pero, mirada con otros ojos, la arquitectura frágil pero potente de los secaderos puede despertar otra suerte de fruiciones de muy diversa naturaleza.

Con su remoto aire de templos clásicos, dispersos o agrupados, los secaderos son capaces de provocar sentimientos similares a los de las ruinas de una civilización. Sus materiales no poseen la nobleza de la piedra, ni sus formas son el producto de refinados estudios sobre la belleza de las proporciones; tampoco dan cuenta de un sistema de creencias ni son signos de poder; y sin embargo, conmueven por la mísera dignidad con la que se elevan del suelo. Aunque está considerablemente mermada su utilización y vayan siendo demolidos y abandonados, pese a su imponente pobreza material hablan de otras épocas, de trabajos del pasado y de un tiempo en el que la relación del hombre con el entorno era otra.

Además de como una extraordinaria creadora plástica, Soledad Sevilla se nos presenta en este libro como una magnífica fotógrafa. Bien sabemos que la vista no es neutral, que se fija en lo que quiere ver, y cuando lo hace a través del objetivo de una cámara es cuando de un modo más patente se demuestra la intencionalidad que guía la mirada. Algunas fotografías, como algunos cuadros, presentan seccionadas por la parte superior las cubiertas de los secaderos, reflejando los límites perceptivos que determina la distancia desde la que la artista se sitúa. En otras ocasiones, el foco se cierra y se detiene ante fragmentos de especial significación formal, material o cromática que el trabajo de la artista transformará en sugestivas metáforas visuales.

La contigüidad en el libro de las imágenes fotográficas y de la obra resultante inspirada por ellas permite comprender, en parte, el proceso que conduce de unas a otras, un proceso de naturaleza conceptual que concluye en unas pinturas o esculturas intensamente líricas, llenas de matices y de una formidable riqueza expresiva que acompaña a su refinadísima elaboración. En ese sentido, el contraste no puede ser mayor entre la tosquedad y absoluta ausencia de intencionalidad artística de los objetos de partida y el cuidadísimo y eficaz resultado al que llega Soledad Sevilla.

Con independencia del aspecto exterior de los secaderos, uno de sus mayores atractivos reside en el interior, en algo tan cambiante e inmaterial como la luz que se filtra por las irregulares aperturas que dejan entre sí las maderas de chopo, que provocan deslumbrantes rayos en la penumbra, cuando penden del techo las hojas amarillas, verdes y marrones del tabaco colgado a secar o cuando el espacio solo está habitado por las cuerdas recogidas o desplegadas que se destinan a amarrar las plantas. La investigación sobre la luz es una de las más destacables constantes en la obra de Soledad Sevilla, tanto si se refleja a través de la sinuosidad agresiva de una grieta como si se filtran por las columnas del patio de los Leones, aparece fluctuante en unos hilos de cobre o sirve para proyectar en las descarnadas paredes del patio del castillo de Vélez Blanco la imagen de su pasado esplendor.

El libro que se presenta, resultado del proyecto, es un hermoso testimonio de las vivencias y del trabajo de la artista, al tiempo que, en sí mismo, expresa el esmero que

la caracteriza en todas y cada una de las empresas que acomete. Una cuidada edición , en cuyo diseño ha colaborado con Mar Lissón, se despliega en la tipografía, en el papel seleccionado, en los generosos márgenes, en la tela y el color de la encuadernación, y especialmente en la selección y compaginación de las imágenes, que ponen de relieve, eludiendo los pasos intermedios --a buen seguro plagados de dibujos y bocetos--, el punto de partida y de llegada; que testimonian el inquietante aspecto de la desolación de los secaderos y el refinado resultado al que ha dado lugar la reflexión, la idea, y el buen saber técnico. Cuando el origen se encuentra de manera precisa, como es el caso, en la realidad exterior, el proceso de conceptualización que media entre una forma y otra forma, entre una materia y otra materia, manifiesta la grandeza del arte.